

DEPORTES

Ficciones

El durísimo maratón

► José Agustín Goytisolo

LA DISTANCIA exacta a cubrir en la carrera de maratón es de 42,195 kilómetros. Fue establecida así, definitivamente, en los Juegos Olímpicos de París del año 1924. En las anteriores Olimpíadas de la época moderna, las distancias eran variables en cada circuito, y oscilaban entre los 40 y 42 km. Pero así no se podía seguir, ya que los tiempos logrados en cada Olimpiada no eran equiparables al no estar homologados.

Estoy pensando en el maratón, en los atletas que, sobreponiéndose al cansancio, al calor y al sufrimiento, y con una increíble capacidad para luchar contra sí mismos, ya no corren con las piernas, sino con los pulmones y, sobre todo, con el corazón, y entran en el estadio, después de haber cubierto el largo circuito externo, casi sin ver ni oír al público, y dan una vuelta completa antes de llegar a la meta.

¡Maratón! Todas mis lejanas lecturas de bachiller y de universitario vuelven a mi memoria, y también las imágenes de mi viaje al Ática para ir expresamente a la llanura de Maratón, al noreste de Atenas, casi frente a las costas de la bellísima Eretria. No son recuerdos ordenados, pero sí vivos y de una claridad cegadora.

Pienso ahora en la sorpresa que me llevé al enterarme de que maratón (o marathonás, en griego moderno), significa en castellano "campo de hinojo". Encendiendo un cigarrillo y vuelvo a recordar ciertas explicaciones que, siendo niño, me inculcó mi padre sobre botánica, que era su gran pasión aunque él era químico. Sí, hinojo, planta forrajera de hojas lineales y color amarillo vivo, cuya semilla se emplea para destilar, como la del anís, licores fuertes...

EL CIGARRILLO es mágico. Vuelvo a escuchar la voz de mi padre: "Pareces tonto, chico. ¿No sabes que hinojo viene del latín feniculum? En España se le llama hinojo forrajero o caballuno, y de sus semillas se destilan licores alcohólicos. ¡Cristo bendito! Ahora comprendo la causa de la victoria de los atenienses sobre los persas en Marathón: la decisión de Darío el Grande de desembarcar su caballería allí fue fatal. Sus caballos se habían atracado del espírituoso hinojo, y unos 10.000 hoplitas o soldados a pie griegos pudieron con muchos miles más de jinetes persas montados sobre sus borrachos caballos.

Un hoplita, emocionado por la victoria, salió corriendo hacia Atenas para comunicar la feliz noticia. Filípides se llamaba el mozo y murió de agotamiento después de recorrer los 42 kilómetros que separan Marathón de Atenas. Esto ocurrió el año 490 antes de Cristo.

En la primera Olimpiada moderna, o couberteniana, celebrada en Atenas de

1896, un pastor griego llamado Spiridión Louis, natural de Marussi, se calzó la corona de laurel entre el delirio de sus compatriotas, y dedicó su victoria al mítico

Filípides. Me asaltan ahora los nombres de otros semidioses de esta terrible carrera de fondo: Theato, Hayes, Kolehmainen, Stenroos, Zabala, Cabrera, Zátopek

(que en una misma Olimpiada ganó los 5.000 m., los 10.000 m. y el maratón: la locomotora checa le llamaban), el arcángel etíope Abebe Bikila, el vencedor en Roma y en Tokio, que más tarde perdió ambas piernas en un accidente automovilístico, como un castigo de ángeles envidiosos por aquella doble corona en la prueba reina...

Ya escribí que me gusta más la resistencia que la velocidad, tanto en natación como en atletismo, y también en otros deportes, como en ese deporte que es la vida. En literatura me ocurre lo mismo: yo, como escritor, siempre quise ser un corredor de fondo.

